

CUERPOS, EMOCIONALIDAD Y SENTIDOS DISRUPTIVOS EN RITUALES JUVENILES DE CELEBRACIÓN ESCOLAR

Silvia Elizalde¹
Guillermo Romero²

Resumen: Con foco en la exploración del vínculo tenso entre la rutinizada cultura escolar y un nuevo *sensorium* experiencial protagonizado por los/as jóvenes, el artículo analiza un conjunto de celebraciones rituales desplegadas por estudiantes del último año de una escuela secundaria de La Plata (Argentina) que oficián como instancias de reprocesamiento simbólico de su pasaje por la escuela y escenificación festiva de un “desborde”. A través de su indagación buscamos dar cuenta de las dimensiones corporales, emocionales, libidinales y de disrupción que dichos rituales comportan en términos de politicidad y de agencia.

Palabras clave: Jóvenes, escuela de Nivel Medio, rituales, corporalidad, *sensorium*

BODIES, EMOTIONALITY AND DISRUPTIVE SENSES IN YOUTH RITUALS OF SCHOOL CELEBRATION

Abstract: With a focus on the exploration of the tense link between the routinized school culture and a new sensorium of experience carried out by young people, the article analyzes a set of ritual celebrations developed by students of the last year of a secondary school in La Plata (Argentina). They officiate as instances of symbolic reprocessing of their experience at school and festive showdown of an "overflow". Through their inquiry, we seek to account for the corporal, emotional, libidinal and disruptive dimensions that these rituals entail in terms of politicity and agency.

Keywords: Young people, high school, rituals, corporality, *sensorium*

CORPOS, EMOCIONALIDADE E SENTIDOS DISRUPTIVOS NOS RITUAIS JUVENIS DE COMEMORAÇÃO ESCOLAR

¹ Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. (silvitalizalde@gmail.com)

² Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. (guiromero10@hotmail.com)

Resumo: Com foco na investigação do tenso vínculo entre a cultura escolar automatizada e um novo *sensorium* experimental protagonizado pelo(a)s jovens, esse artigo analisa um conjunto de comemorações ritualísticas instituídas por alunos do último ano de uma escola de ensino médio em La Plata (Argentina) que celebram como instâncias de reprocessamento simbólico de sua passagem pela escola e encenação festiva de "extravaso". Por meio dessa questão, buscamos abarcar as dimensões corporais, emocionais, libidinais e de ruptura que esses ritos implicam em termos de politização e de agência.

Palavras-chave: jovens, ensino médio, rituais, corporalidade, *sensorium*

INTRODUCCIÓN

“Hagamos de esta despedida la fiesta de nuestras vidas”. La invitación se lee en una de las banderas que construyeron colectivamente las y los jóvenes de 6° año del colegio Leloir³ de la ciudad de La Plata⁴ y que colgarán en su aula el día de inicio de clases, hasta su egreso. Están en el último año de su educación de Nivel Medio⁵ y viven ese tiempo escolar, desde el primero al último día de ese periodo lectivo, como una etapa en la que el estar en la escuela “debe” vivirse y actuarse de manera distinta a lo habitual. Como una suerte de “estado de excepción” que le haga justicia a la consigna pintada en los *trapos*⁶ [las banderas] que acaban de estrenar: de modo festivo, vitalmente intenso e inexorablemente final. Todos los años, la frase varía según la elección de cada cohorte. Pero en todas priman el carácter épico y la dimensión superlativa de lo que (se) promete experimentar: “Somos infinitos”, “Quiero verte bailar”, “Si es con vos que sea para siempre”, “Tenemos el control”, “Si no es eterno que sea inolvidable”⁷. Junto a esto, y en busca de una vinculación directa con un cúmulo de emociones que se espera performar en ese tránsito hacia la graduación, un conjunto de rituales conectados entre sí y protagonizados por los/as futuros egresados/as se irán desplegando en ese lapso. Todos ellos buscan dar cuenta del fin de un ciclo vital y de una experiencia de pertenencia institucional y como

³ El nombre es ficticio, a los fines de preservar la identidad real del establecimiento educativo.

⁴ Se trata de la ciudad capital política-administrativa de la Provincia de Buenos Aires, el estado provincial más grande de la República Argentina. De acuerdo con el último censo nacional, realizado en 2010, La Plata resultó el cuarto distrito urbano más poblado del país, con un total de 649.613 habitantes.

⁵ La estructura del sistema educativo argentino comprende cuatro niveles: Inicial, Primario, Medio (también denominado Secundario) y Superior. La obligatoriedad se extiende durante 14 años, iniciándose a los 4 años en el Nivel Inicial y culminando al egreso del Nivel Medio, que en la provincia de Buenos Aires tiene una duración de 6 años.

⁶ Utilizamos la cursiva para las categorías nativas.

⁷ Las consignas pertenecen a las promociones de egresados/as de la escuela mencionada, identificadas con los números III (2013), IV (2014), V (2015), VI (2016) y VII (2017), respectivamente.

grupo: el “Último primer día de clases”, la “Presentación de buzos de la *promo*⁸” [promoción] y el “Día de la *promo*”. Como veremos, en el transcurso de estos rituales -cuya historia en la ciudad no trasciende la última década- se movilizan diversos capitales simbólicos y materiales. Las acciones que comportan incluyen una dimensión significativa de politicidad, por cuanto ponen en tensión algunos parámetros convencionales de la cotidianidad escolar. En este sentido, como se verá más adelante, dichos rituales exhiben prácticas corporales que discrepan con las formas “esperables” de habitar las instituciones educativas, subvierten la autoridad escolar instalando complicidades resistentes intra e inter grupos, y escenifican energías libidinales y de emocionalidad notoriamente amenazantes del -en apariencia- deserotizado orden pedagógico establecido.

Los rituales han sido estudiados por parte de las ciencias sociales como instituciones especiales que sirven para conformar y/o confirmar grupalidad a partir de procesos de identificación y diferenciación, a la vez que permiten jalonar los tránsitos, las trayectorias y marcar transiciones. En este caso, frente a otras perspectivas que plantean su estudio como mera *separación* del contexto social, consideramos relevante analizar estas celebraciones estudiantiles en el marco de sus condiciones concretas de posibilidad. Así, siguiendo a Víctor Turner, asumimos como punto de partida que este tipo de prácticas simbólicas “sólo puede entenderse relacionado de alguna manera con la estructura” (1988, p.133).


Asimismo, en la medida en que nos referimos a festejos vinculados al egreso escolar, interesa examinarlos en tanto *ritos de paso*. Arnold van Gennep se refería a estas prácticas como ritos que acompañan todo cambio de lugar, estado, posición social y edad (2013). Erving Goffman ([1956] 2001; 1970), por su parte, puso tempranamente de relieve la importancia de la expresividad significativa implicada en los “rituales de despedida”. Esto es, como instancias fundamentales para comunicar con otros y ante otros los sentidos de lo que se cierra o deja atrás, así como los intentos de controlar los alcances de la situación por parte de sus protagonistas. Al respecto, el “modus vivendi interaccional” (2001, p.21) que suponen los rituales de celebración activados por los/as alumnos/as platenses aquí estudiados señala, en el actual contexto de la institucionalidad escolar, una complejidad específica que este artículo busca explorar y analizar.

⁸ “Promo” es la forma apocopada de la palabra “promoción”, que usan coloquialmente los/as estudiantes, y que designa al grupo de alumnos/as que cursa el último año de la escuela de Nivel Medio.

Con este norte, en el presente trabajo nos proponemos describir y analizar algunas de las múltiples dimensiones de orden político-agencial, afectivo-comunitario, y de regulación/disrupción de saberes y diferencias culturales (sexogenéricas, corporales, etarias) que se articulan y a la vez se tensan en torno de estas prácticas celebratorias juveniles. En la medida en que todo ritual, aún en su excepcionalidad, adquiere sentido en un contexto determinado, nuestro artículo procura indagar dos aspectos claves. Por un lado, aquello que estos festejos posibilitan leer respecto de la normatividad imperante en la cotidianidad escolar. Por otro, la imposibilidad de comprender la experiencia estudiantil en la escuela de Nivel Medio separada del vasto repertorio de saberes, comportamientos, hábitos y consumos que conforman hoy la especificidad de las culturas juveniles en estas latitudes.

Todas las evidencias que se mencionan fueron recolectadas durante 2017 y 2018 mediante la combinación de diversas técnicas, en el marco de una estrategia metodológica general de tipo etnográfica. La escuela estudiada es una institución privada y laica⁹, de escala pequeña, con una sola división por año (es decir, seis en total), que descende de unos 30 a unos/as 20 alumnas/os en el tránsito de 1° a 6° año. El colegio pertenece a una institución deportiva que posee, dentro del mismo predio, un establecimiento educativo de Nivel Inicial, uno de Nivel Primario y, desde 2006, la escuela de Nivel Medio que aquí se analiza. La primera promoción de egresados/as en este último nivel fue en 2011, aunque de acuerdo con el relevamiento realizado se advierte que fue en los últimos cinco años cuando se produjo una intensificación de los festejos vinculados a dicha culminación escolar. La principal herramienta empleada para la recolección de datos fue la observación participante, aplicada tanto a diversas situaciones de la cotidianidad escolar -como clases, recreos, actos formales, momentos de entrada y salida-, como a las prácticas involucradas en los festejos rituales, foco principal de este artículo. Durante esas observaciones mantuvimos permanentes interacciones y charlas informales con estudiantes, docentes, directivos y preceptores. Dicho material fue complementado con entrevistas semiestructuradas individuales y grupales a alrededor de 40 estudiantes varones y mujeres de los años superiores, la mayor parte de ellas realizadas en el interior mismo de la institución explorada. A su vez, entrevistamos a una decena de docentes y directivos, casi todos por fuera de la escuela, a excepción de la entrevista con la directora, desarrollada en su oficina. Por otra parte, con el propósito de indagar específicamente en torno a los

⁹ El sistema educativo argentino reconoce cuatro tipos de gestión institucional: estatal, privada (que a su vez puede ser confesional o laica), cooperativa y social.



sentidos asociados a los rituales analizados, a comienzos de 2018 realizamos un taller ad hoc con el grupo de 6° año. En ese marco aplicamos una encuesta diseñada especialmente para la investigación, de resolución individual y escrita, que completaron 19 estudiantes.

La perspectiva teórica invocada para el análisis combina los saberes de los estudios culturales y los de comunicación con ciertos planteos de la pedagogía crítica y los estudios de género.

Finalmente, el mapa más amplio en el que se inserta este trabajo es una investigación cualitativa, finalizada en marzo de 2019, sobre configuraciones corporales y sexogenéricas juveniles en instituciones escolares de la ciudad de La Plata.

RITUALES ESCOLARES: DISCIPLINAMIENTO Y EMOCIONALIDAD DE “BAJA INTENSIDAD”

El izamiento de la bandera quizás sea, de entre las prácticas rutinizadas que componen el guión cotidiano de una escuela en la Argentina, el ritual más reiterado y, por esto mismo, tal vez, el más “desencantado” en el sentido weberiano del término. Pero en la escuela Leloir, además, esta acción se realiza bajo coordenadas proxémicas e interaccionales que parecen llevarla al paroxismo.

Todos los días, las y los alumnos entran al colegio en horario temprano, por la mañana. Entre las 7:15 y las 7:30 cada uno/a ingresa al aula respectiva, a la espera de que la secretaria del establecimiento, o algún/una preceptor/a, ingrese a ella, encienda la luz y convoque al grupo a salir a *formar* [hacer una fila, uno tras otro]. Algunos/as estudiantes procuran demorarse un rato más sobre su pupitre [mesa escolar], usando la mochila o un brazo como almohada, pero finalmente van saliendo poco a poco. Unos minutos después están todos/as, de 1° a 6° año, formados en filas irregulares en el patio interno de la escuela, de espaldas a las aulas que acaban de dejar y de cara a una pared blanca e impoluta. Más allá de esta pared se ubica el mástil en el que una pareja de estudiantes, acompañada por algún/una docente, se presume que está izando la insignia nacional. Nadie puede ver si esto ocurre efectivamente porque dicha escena está materialmente fuera de la vista de alumnos/as y docentes. Una pared

blanca se interpone, literalmente, entre los cuerpos del estudiantado y el elemento simbólico (la bandera argentina) al que esas corporalidades deberían adecuarse, en disposición y actitud, para honrar ritualmente. La situación no toma más que unos pocos minutos, durante los cuales las/os preceptoras/es hacen algún esfuerzo por velar que los/as jóvenes “mantengan las formas”. O, cuanto menos, una mínima evocación de lo que este ritual escolar requiere para conservar su cualidad de tal: la observancia de la convención, cierto talante y el correspondiente “hexis corporal”, entendido éste como la relación entre las expresiones y actitudes corporales de los sujetos y su correlato con prácticas colectivas medianamente sedimentadas. Es decir, como estructura social incorporada (Bourdieu, 2007 [1980]). Las filas de estudiantes, divididas por sexo y ordenadas *grosso modo* de menor a mayor estatura, zigzaguean de comienzo a fin. Hay quienes aprovechan esa imposible visualización de la bandera para mantener los ojos cerrados un instante más, rendidos/as por el sueño que aún retienen. Algunas/os otros/as, sobre todo varones, se recuestan sin entusiasmo contra una pared o un compañero. Aquí y allá surgen conversaciones breves, fugaces comentarios y risas mal disimuladas que a veces conllevan un pequeño reto de algún adulto, pero que no pasa a mayores. Cuando las y los encargados de izar la bandera regresan al edificio, el único preceptor varón de la escuela ordena en voz alta volver al salón de clases, y todos/as emprenden el regreso.

El izamiento de la bandera constituye un elemento clave de la cultura escolar, integra su curriculum formal pero también oculto (McLaren, [1984] 2005) y deviene parte indisociable –e inevitable– del habitar la escuela. La rutinización de las prácticas escolares “no necesariamente empobrece el proceso de enseñanza”, tal como señala Elsie Rockwell (1997, p.38). Al operar en términos “económicos” permite optimizar ciertas dinámicas de intercambio entre un puñado de adultos y un número considerablemente mayor de estudiantes, instituyendo un orden que, en algunos casos, “permite una mejor organización del grupo” o, incluso, “libera tiempo que el maestro puede dedicar a la enseñanza” (Ibídem, p.38). Sin embargo, hay grandes diferencias entre los rituales vigentes en el ámbito escolar. Los recreos, por caso, instalan un tiempo-espacio que, por definición, habilitaría la distensión, el alojamiento de ciertos códigos e incluso la imprevisión (siempre relativos, tratándose de una institución que regula el conjunto de sus interacciones). Por contraste, el saludo diario a la bandera persiste fundamentalmente como recordatorio de la impartición de una autoridad que, aunque errática, insiste en imponerse en su función disciplinadora. Incluso cuando las prácticas que configuran dicho ritual estén ya desprovistas de expresividad afectiva o identitaria, generen una emocionalidad “de baja intensidad” (Giddens, 1998) o carezcan de capacidad interpeladora

hacia las y los alumnos y sus mundos de sentido, tramados como están hoy en complejas redes de interacciones contingentes y articulaciones específicas entre prácticas, valores y sentidos (Grossberg, 2012; Najmanovich, 2011).

Por otro lado, sabido es que la escuela supone una temporalidad y una espacialidad propias, recortadas del resto de la vida social, y que es precisamente sobre dicho quiebre que –supuestamente– operaría su eficacia simbólica (Scharagrodsky, 2007; Rockwell, 1997; Escolano, 1993). La escuela instituye, así, un minucioso repertorio de prácticas ritualizadas que van marcando los ritmos, las jerarquías y las disposiciones institucionales esperables por parte de sus sujetos. Ese “exquisito mecanismo”, como señala Scharagrodsky (2007, p.6), toma al cuerpo como su principal objeto de regulación, procurando propagar hábitos, estilos y formas de hacer que se espera sean incorporados poco a poco, a fin de que dicha regulación funcione menos por prescripción que por naturalización. En todo caso, según este autor, su carácter opaco o poco evidente no haría más que reforzar su eficacia subjetivante. Ahora bien, dado que el poder no opera sin fisuras ni desvíos, sino en disputa y tensión con otras lógicas de organización de las prácticas y los sentidos socialmente compartidos, lejos están los cuerpos que habitan la escuela de ser objeto de un moldeado total o definitivo en el marco de alguna grilla única de existencia e inteligibilidad (Elizalde, 2014; Morgade, 2011; Elizalde, Felitti, Queirolo, 2009). En su doble espesor individual y social, los cuerpos constituyen más bien espacios en los que leer tanto las marcas de la construcción hegemónica de su “normalidad” y admisibilidad social (genérica, étnica, etaria, de clase, estética, etc.) como los indicios activos de su resistencia y lucha respecto de estas modelizaciones pedagógicas, siempre en relación con las condiciones desiguales y específicas que traman sus posibilidades (Romero, 2017; Elizalde, 2014; Butler, 2002; Lopes Louro, 1999).

Junto a esto, los y las estudiantes incorporan cada vez más a su experiencia escolar un amplio repertorio de prácticas, consumos, modalidades de hacer y de estar juntas/os a partir de lo cual instauran rituales propios. Habitan nuevos regímenes estéticos promovidos por una industria cultural y del entretenimiento que los/as “invoca como recurso tópico predilecto” a la vez que los/as construye como “consumidores principales de sus propuestas massmediáticas” (Elizalde, 2015, p.9). Al mismo tiempo, participan de renovadas mediaciones (institucionales, tecnológicas) que desplazan y desdibujan las fronteras que separaban ciertas prácticas fundamentales, entre ellas las escolares respecto de las prácticas “de la vida”. De este modo, los universos juveniles son hoy tanto resultado como condición de un nuevo *sensorium*: la expresión de nuevos modos de sentir y de formas de la experiencia, que conmueven radicalmente el

logocentrismo escolar e instauran un predominio de la sensibilidad y la emotividad por sobre la abstracción (Huerco, 2000). En esta línea, Martín Barbero (2011) plantea, retomando a su vez a Jacques Rancière (2008), que estas prácticas experienciales emergentes “transforman los regímenes de lo sensible, o sea de la percepción y el afecto, del pensamiento y la palabra. Que es por donde pasan los caminos de la emancipación social, a la vez que cultural y política” (2011, p.454-455).

En este punto, como veremos, los rituales practicados por los/as alumnos/as del colegio Leloir para festejar su tránsito final por la escuela son también eslabones de esta articulación de matrices comunicativas que transversalizan la experiencia escolar. De allí que para captar el nuevo *sensorium* con el que conectan, y que modifica radicalmente las condiciones en que se produce hoy esa experiencia, conviene primero, como señalara François Dubet, “definir la condición de estudiante como una experiencia juvenil” (2005, p.3). Esto es, advertir los modos en que en dichos rituales la condición estudiantil es empleada como recurso en la gestión de una identidad en tanto jóvenes. En este sentido –adelantamos–, aún con su carga disruptiva y eminentemente conflictiva, antes que festejos contra-escolares, las prácticas bajo estudio constituyen formas de celebración, tanto del estatus de “alumno/a del último año” como, y simultáneamente, de la condición juvenil¹⁰.

RITUALES A PARTIR DE LA ESCUELA: CELEBRACIÓN Y “DESBORDE”

Históricamente los rituales grupales asociados a la juventud han sido estudiados como instancias de pasaje a otra forma, estatus o condición. Prácticas cuya codificación remite a un universo compartido, más no idéntico, de sentidos y motivaciones. Pero también, a un condensado simbólico-ideológico de experiencias perceptivas, cognitivas, corporales y emocionales que encuentra, en su particular formato y marca expresiva, la posibilidad de *interrumpir* –aunque sea momentáneamente– el curso previsible del mundo. E instaurar –en pleno

¹⁰ Aclaremos que estas reflexiones son válidas para las escuelas a las que asisten sectores medios y medios-altos de La Plata. Resta todavía indagar las características que adquieren estos rituales en aquellos establecimientos a los que asisten estudiantes provenientes de sectores populares.

goce de la contingencia- una realidad *otra* (Hall y Jefferson, 2010 [1975]; Margulis, 1994; Maffesoli, 1990).

t

En este caso, al mismo tiempo que es dable pensar a cada uno de estos festejos como un ritual específico, consideramos pertinente leerlos en conjunto como parte de un “proceso ritual” (van Gennep, 2013) vinculado, en principio, al egreso escolar. En esta clave interpretativa, encontramos numerosos elementos para considerar el tránsito por el 6° año de la escuela de Nivel Medio como un momento de *liminalidad* (Turner, 1988), con su contradictoria mezcla de alegría y de pesar, de promesa de presente eterno y de nostalgia anticipada. De la puesta en valor de una condición estudiantil que a la vez opera todo el tiempo como distinción respecto del resto de las/os estudiantes.

En este sentido, vale preguntarse ¿qué cierran y qué abren los rituales que jalonan el último año de la escuela secundaria para los/as jóvenes de clase media que asisten al Leloir? ¿Qué temporalidad instaura este proceso ritual en pasos, que comienza la jornada inicial del 6° año con el festejo denominado “Último primer día de clases” y que culmina al finalizar el ciclo lectivo con la celebración conocida como “Último último día de clases”? A su vez, ¿qué cuerpos y disposiciones corporo-afectivas, lúdicas, libidinales y de energía vital produce esta sucesión de “ansiosos” des-bordes, su exhibición inmediata en las redes sociales y su posterior mostración ante las autoridades, docentes y demás compañeros/as? ¿Cuáles son los sentidos de la transgresión en juego? ¿Para quiénes y ante quiénes se escenifican, y con qué prácticas y relaciones entre prácticas se articulan?

La mañana del inicio del ciclo lectivo 2018 el colegio Leloir se convierte en escenario de un particular acontecimiento que ocurre una vez al año y que si bien está fuertemente codificado nunca es idéntico a sus predecesores en sus prácticas, apropiaciones grupales y resonancias subjetivas. Se trata de el “Último primer día de clases” (más conocido por su sigla, *UPD*) de las y los estudiantes del 6° año de esa institución educativa. El día que marca el inicio de su “reinado” dentro de la escuela. Su preparación implica una organización previa, a veces bastante compleja en cuanto a los recursos, destrezas y competencias que requiere su “correcta” puesta en acto. Con frecuencia esa *previa*¹¹ forma parte misma del ritual, como uno de sus momentos necesarios para “entrar en clima”.

¹¹ “Los/as jóvenes llaman “previa” a la práctica ritual que forma parte, y a la vez antecede, a sus salidas nocturnas. Consiste en juntarse antes de “salir a bailar”, usualmente en casa de alguno/a del grupo. Puede

De hecho, para el festejo realizado el primer día de clases de 2018, los/as jóvenes se empezaron a juntar un mes antes para iniciar los preparativos. Se pusieron de acuerdo para comprar el cotillón, la pirotecnia y contratar una batucada; adaptaron las canciones que se cantan en las canchas de fútbol para volverlas propias y crearon una indumentaria especial para ese día. La misma se conforma por el uniforme escolar en la parte baja e incluye distintos elementos de fantasía, como gorros, máscaras y otros accesorios festivos de vivos colores. Sin embargo, la pieza central del conjunto es, sin dudas, la *remera promo*, también llamada *remerón* [remera grande], ya que suele ser varios talles más holgada de lo esperable para cada cuerpo, y en la cual se pinta alguna inscripción, por lo general el número de la *promo* en letras romanas. Cada estudiante confecciona la propia, sumándole de ese modo una impronta personal que puede estar dada por el agregado de una frase, de un dibujo, de un accesorio, así como por la forma en que cada quien le quita las mangas, ya que no se utilizan “musculosas” [remera sin mangas], sino que se las convierte en tales para la ocasión. En algunos casos la abertura es tan grande que deja al descubierto buena parte del torso y es en esa característica –más o menos disruptiva por la insinuación erótica que podría habilitar, conforme la osadía de cada quien- donde parece cifrarse la relevancia de esta prenda dentro del ritual. En cualquier caso, se busca que el vestuario producido rompa con el recato, la sobriedad y la homogeneidad estilística que caracterizan al uniforme escolar. Asimismo, propone un repertorio de usos y prácticas alternativo respecto de la “economía política del deseo” instituida por la escuela (Scharagrodsky, 2007, p.9).

incluir música, baile, la ingesta de alcohol, así como la preparación grupal del arreglo estético y de vestimenta requerido para la ocasión.



El último primer día de clases (UPD). El festejo en la puerta del colegio inaugura el año de egreso escolar¹².

Según el ritual que se viene practicando desde hace algunos años, los festejos se inician, estrictamente, la noche previa al “Último Primer Día de clases” (UPD), cuando todo el grupo de 6° año se da cita en un “boliche” [discoteca] para bailar, tomar alcohol y procurar alcanzar la condición de exaltación emocional y de los sentidos suficiente como para “romperse” (ponerse ebrio/a) y “llegar puestos” (llegar ebrio/a) y sin dormir a la escuela, la mañana posterior. Allí luego habrá más música, cantos y saltos antes de tomar el desayuno ofrecido por las autoridades escolares, en organización conjunta con las familias de los y las jóvenes. En efecto, la centralidad del consumo de alcohol durante esa vigilia festiva parece funcionar como umbral “necesario” para el reconocimiento de un estado de euforia al que se aspira llegar y mantener hasta el día siguiente, cuando se ingrese al colegio. Para ello, realizan juegos característicos de esta celebración, como hacer “fondo blanco” [tomar una bebida alcohólica de un solo trago], beber desde biberones, jeringas, pistolitas y sorbetes. La ingesta de bebidas etílicas parece asimismo vincularse con el estado general de desinhibición que es “preciso” adquirir. Se trata de poder habitar un estado que permita traspasar las regulaciones y coacciones


¹² Las imágenes utilizadas en este trabajo fueron compartidas por sus protagonistas en diversas plataformas digitales. Pese a su estado público, optamos por retocar digitalmente algunos detalles y resguardar la fuente, a fin de evitar la identificación de las personas y las escuelas implicadas, y resguardar su anonimato.

sociales más amplias construidas en torno de la sexualidad, pero también las modulaciones corporales y emocionales prescriptas tácita o inferencialmente por la escuela. De este modo, la dimensión erótica del ritual aparece reforzada por la propia integración al festejo escolar de la “cultura de la noche” (Margulis, 1997) y sus características recreativas. Esto incluye –como indicamos– el consumo “descontrolado” de alcohol, así como bailes sensuales y algunos juegos de connotación sexual, como pasarse un trozo de hielo de boca en boca. Prácticas todas ellas que las y los propios protagonistas registran y hacen circular de manera inmediata y profusa por las redes sociales.

Al respecto, y como parte de un proceso compartido de subjetivación juvenil¹³, las redes sociales cumplen un papel central en la construcción de un sentido de “éxito” asociado a estas celebraciones escolares y juveniles. El *posteo* incesante de fotos, videos y comentarios que se *viralizan* casi sincrónicamente a su registro y ocurrencia en dichos festejos suele estar en una clave que resalta la emocionalidad y espectacularización por sobre otras dimensiones. Esto señala la alta codificación que signa estos espacios virtuales respecto de la manifestación pública de sentimientos personales y grupales. Pero también, los cruces y confusiones semióticas on line/off line que van delimitando los criterios, recursos y normas estéticas “imprescindibles” para tener una experiencia de egreso escolar “exitosa”.

El *agite*, es decir, la desmesura en la exaltación del festejo colectivo, así como el *aguante*, esto es, la capacidad de sostener en el tiempo la intensidad del ritual, son elementos transversales a todas las celebraciones juveniles relevadas en el trabajo de campo en este colegio. Pero, nuevamente, es en el festejo del “Último Primer Día de clases” (*UPD*) donde estos criterios parecen ser llevados al paroxismo, puesto que se trata de llegar a la escuela a puro frenesí y sin haber dormido. En efecto, el arribo a la escuela renueva las energías. Al conversar con los y las estudiantes advertimos que allí radica una parte fuerte del ritual. El recorrido del “boliche” [discoteca] al colegio, realizado en este caso en un bus alquilado para tal fin, aparece en las entrevistas como un momento muy significativo de la jornada. Una vez llegados/as a la institución, los/as jóvenes despliegan sus *trapos* [banderas confeccionadas especialmente] y aguardan *enfiestados* [con la energía extática de la fiesta] la llegada de docentes, directivas/os y, fundamentalmente, de los/as estudiantes de los demás cursos. Cuando finalmente esto ocurre comienzan a cantar, algunos grupos contratan

¹³ Por subjetivación juvenil entendemos el proceso de afirmación de un yo a la vez individual y colectivo, a partir de una dinámica de reconocimiento (identificación y diferenciación) con y por los pares.



incluso una *batucada* y cuando sus músicos empiezan a tocar los instrumentos (bombo, redoblante y trompeta), la euforia llega a su máxima expresión. Varios/as jóvenes se quitan los *remerones* [remeras grandes] y los mueven por encima de la cabeza. Se enciende la pirotecnia de humos de colores, y la *entrada* al colegio, ahora sí, es una experiencia vívida completa.

De acuerdo con Norbert Elías y Eric Dunning (1992) el severo control de las emociones, característico del mundo adulto, occidental y moderno, encuentra cierta suspensión en momentos específicos en los que se habilitan movimientos, gestualidades y actos de una afectividad desmedida, cuya función central sería la de compensar las restricciones impuestas cotidianamente. Los deportes, los consumos de ciertas propuestas de las industrias culturales, las salidas nocturnas, entre otras manifestaciones recreativas, formarían parte de un tipo de actividades distinguibles de otras formas de ocio por su carácter lúdico y por la manifestación de una excitación que se busca *ex profeso*. De alguna manera, estas prácticas constituyen “la otra cara de la moneda del control y de las restricciones que coartan nuestra expresión emocional en la vida corriente. No es posible entender la una sin la otra” (Ibídem, p.87).

En tanto los rituales aquí estudiados enlazan la experiencia escolar con las prácticas de recreación nocturna habituales entre estos/as jóvenes, interesa revisar críticamente los sugerentes trabajos realizados por Mario Margulis sobre la nocturnidad de las y los jóvenes en Buenos Aires durante la década del noventa (1997). De acuerdo con su indagación, la “cultura de la noche” funciona sobre una oposición radical respecto de la vida diurna, esta última gobernada por el mundo adulto, las rutinas y las obligaciones. Según el autor, las juventudes realizan “un empleo del tiempo para conquistar el espacio” (Ibídem, p.12). Lejos, en apariencia, del control adulto, “la noche aparece para los jóvenes como ilusión liberadora” (Ibídem, p.15). Como la escuela, el “boliche” [discoteca] actúa con pretensiones de una escisión tajante con un “afuera”, interrumpiendo la cotidianidad o creando una cotidianidad propia. Contribuye a esa “ilusión” todo un complejo mecanismo estratégicamente urdido. En palabras de Margulis: “La fantasía, la irrealidad, el distanciamiento de lo cotidiano, se incrementan con recursos y artificios en el interior de los locales: decoración, iluminación, centelleo de luces, intensidad de la música” (Ibídem, p.16).

Sin embargo, los festejos rituales que aquí analizamos parecen llevarnos a repensar estas cuestiones. Más que interrogarnos sobre el carácter complementario e interdependiente que podría establecerse entre las prácticas festivas propuestas por el mercado del entretenimiento y las escolares, nos

interesa preguntarnos otra cosa. ¿Qué sucede cuando las y los estudiantes irrumpen *en* la escuela con prácticas recreativas y/o de celebración que implican (y requieren) de una emocionalidad desbordante que no sería la propia del ámbito escolar? En relación con el ritual del “Último Primer Día de clases” estudiado, lo que parece producirse es una especie de articulación o entramado que nos moviliza a indagar en los sentidos, las tensiones y las dislocaciones que produce su *incorporación* a la cotidianidad escolar. De este modo, si para Margulis la “cultura de la noche” se construye a partir de una oposición fundamental con el día, el *UPD* opera una torsión novedosa que implica su articulación tensa; una conjunción a partir de la cual la noche se (con)funde con el día: el festejo nace en el “boliche” (o casi antes, en la *previa* a la salida a bailar), pero “debe” concluir en la escuela. El festejo del *UPD* integra, así, aquello que estas dos instituciones sociales fundamentales para la experiencia juvenil se esfuerzan por separar. Además, sin romper tajantemente con ninguna de ellas, los/as jóvenes arman un recorrido propio, un “circuito” que consagra y exhibe sus espacios vitales cardinales. En relación con las apropiaciones espaciales sucede algo similar: frente al argumento esgrimido por Margulis de que los/as jóvenes buscan en la noche conquistar un espacio habitualmente de otros, en las prácticas vinculadas con el ritual *UPD* podría pensarse, más bien, en una profunda dislocación o reinención de los momentos y territorios de las experiencias invocadas. En su transcurso sus protagonistas trazan un recorrido témporo-espacial novedoso al juntar, más que escindir, la noche con el día, pero también, el “boliche” con la escuela.

En este sentido puede decirse que la escuela no es tan sólo el punto de llegada del ritual, sino que estuvo siempre en él. No sólo porque lo que se celebra (con su ambigüedad, de alegría y nostalgia) es el *último primer día de clases*. También porque el hecho de saber de antemano que la salida nocturna culmina en el colegio le confiere, en su inversión de sentidos, una adrenalina especial a todo el festejo. “*Sabés que no te podés dormir*” es la frase escuchada en boca de una estudiante que parece sintetizar esta tensión recursiva.

CUERPOS, ESPECTÁCULO Y AGENCIALIDAD

La confección de buzos¹⁴, camperas, remeras y otras indumentarias para remarcar la pertenencia a una *promo* [promoción] es una práctica estudiantil que posee décadas en las escuelas argentinas. Más reciente en el tiempo es la organización, al menos en la ciudad de La Plata, de un festejo altamente ritualizado para hacer su presentación a la comunidad escolar. Dicha celebración suele implicar la exhibición, por parte de las y los futuros egresados, de una coreografía (*coreo*, de acuerdo con el término nativo) especialmente diseñada a partir de una combinación de fragmentos de canciones seleccionadas para la ocasión, con múltiples referencias a los consumos culturales y recreativos de moda entre los/as estudiantes. A su vez, este ritual posee una carga festiva y - en función de los bailes que promueve-, también erótica, que pone en tensión la pretendida ascesis corporal, emocional y libidinal propia del ámbito escolar, aunque con inflexiones institucionales nada menores. Por su parte, el festejo exhibe una dramatización de la experiencia de egreso escolar que parece establecer guiños de complicidad con un régimen de sociabilidad -muy extendido entre la juventud, pero no exclusivo de ella- que habilita, fomenta y festeja la permanente espectacularización de la vida cotidiana (Sibilia, 2012; Debord, 1995).

Durante 2017 en el colegio Leloir este festejo, denominado justamente “Presentación de buzos de la *promo*”, comenzó con una evocación de la película *La purga*, una saga cinematográfica de terror, de origen estadounidense y muy popular globalmente entre las nuevas generaciones. La serie narra una distopía futurista localizada en una ciudad ficticia, cuyo gobierno, abrumado por el exceso de violencia y delito, y ante el desborde y colapso de las cárceles, inventa un mecanismo orientado a mantener la paz entre sus residentes. Este consiste en autorizar a que una noche al año los/as habitantes puedan participar de una “purga” general durante la cual se permite el ejercicio de todo tipo de violencia, sin represión ni sanción alguna. En la ficción, quienes cometen crímenes durante esa noche se cubren con capas y máscaras para no ser reconocidos/as con posterioridad, siendo este detalle del “encubrimiento” algo fundamental en la apropiación que hacen los/as estudiantes en su exhibición de buzos.

¹⁴ Prendas de manga larga, de tela abrigada.



La presentación de buzos de la promo. A partir de un baile coreográfico, el grupo revela su prenda distintiva frente al resto de la escuela.

En efecto, el grupo de estudiantes de 6° año etnografiados en el marco del festejo de “Presentación de los buzos de la *promo*” ingresó al patio de la escuela, donde aguardaba el resto de los/as estudiantes, así como docentes y directivos, cubriendo sus torsos con unas largas capas negras y sus caras con las máscaras características de dicha película. De los parlantes surgió entonces un ritmo de cumbia que desarmó la rigidez de las posturas. Todos/as descubrieron sus buzos y rostros, tras lo cual el público aplaudió con efusividad, acusando el impacto buscado al presenciar el gesto colectivo de despojarse de aquellas prendas asociadas a sentidos de transgresión y de prácticas “desviadas”. Inmediatamente, los y las jóvenes comenzaron a bailar de acuerdo con una coordinación grupal previa. Cada vez que cambiaba el tema musical, la coreografía se modificaba acorde al nuevo ritmo. En un momento, las chicas pasaron al frente y comenzaron a bailar asumiendo una gramática de gestos y actitudes “provocativas”, moviendo la cadera hacia adelante y hacia atrás y “hacia abajo”, tal cual iba señalando la canción. Luego se pusieron de espalda al

público y, “sacando la cola” e inclinándose hacia adelante, levantaron sus faldas, dejando leer, inscripto en sus shorts o pantalones de lycra ajustados: “PROMO VII”¹⁵. La escena duró apenas unos segundos, pero provocó numerosos gritos y expresiones de aprobación en la audiencia, tras lo cual se desplazaron hacia el fondo de la escena. Luego de algunos pasos más, el espectáculo de baile llegó a su fin, hubo más aplausos del público y, salvo los/as protagonistas de la *coreo*, todos los/las demás estudiantes retornaron nuevamente a sus aulas.

De acuerdo con el trabajo ya referenciado de Elías y Dunning (1992), los rituales que tienen como principal propósito la búsqueda de una emocionalidad intensa habilitan una doble interrogación. Por un lado, la pregunta por el tipo de “necesidad” que estas prácticas recreativas parece exhibir como leit motiv de su desarrollo. Es decir, qué impulsos no satisfechos pueden estar “compensando” estos rituales, en nuestro caso, en el marco de la cotidianidad escolar. Por otro lado, y complementariamente, una indagación acerca de “los tipos concretos de actividades” desplegados para su satisfacción (Ibídem, p.96). Esto es, a partir de qué prácticas se pretende lograr tal compensación y, por esa vía, una interrogación acerca de los ámbitos de sociabilidad que aparecen convocados. En este sentido, en los festejos escolares aquí estudiados se observa una fuerte carga emotiva, corporal, lúdica y también erótica que tensiona las formas “esperables” de comportarse en la escuela. Podría afirmarse, incluso, que se trata de una suerte de acción performática al servicio de una experiencia emocional liberadora. La misma requiere de una codificación ritual consensuada a fin de instaurar, en el seno mismo del territorio escolar, un espacio-tiempo con reglas propias donde pueden darse cita, además de la alegría de la celebración y la ostentación de un símbolo de distinción y pertenencia (el buzo), la dimensión sensual del baile y la erotización de los cuerpos.

En este contexto cabe señalar que la creciente institucionalización de estos rituales en los colegios de la ciudad señala la improcedencia de persistir en un estudio de la experiencia escolar sin ponerla en relación con las prácticas y códigos juveniles (Weiss, 2012; Dayrell, 2010; Di Leo, 2008; Dubet, 2005; Dubet y Martuccelli, 1998). Del mismo modo, resulta poco útil atender a la regulación de la cotidianidad escolar meramente desde su faz prohibicionista e incluso represiva. Prácticas festivas como “La presentación de los buzos de la

¹⁵ Al igual que los *trapos* [banderas] y los *remerones* [remeras holgadas] del “Último Primer Día de clases”, los buzos resaltan, más que la pertenencia institucional, el número que identifica a la promoción. En este caso, junto a un bordado de dos hojas de laurel, enmarcándolo.

promo” dan cuenta de la necesidad de reformular, complejizar y especificar los interrogantes, con el propósito de comprender en qué momentos, circunstancias y por parte de quiénes es posible, legítimo, e incluso deseable, asumir ciertos comportamientos, actitudes, posturas y disposiciones. En este sentido, aunque luego una docente remarcará que la directora no estuvo “*para nada contenta*” con el hecho de que las chicas se hubieran levantado las faldas delante del resto de los/as estudiantes del colegio, lo cierto es que tampoco hubo ningún tipo de sanción por este acto. En otras circunstancias de la vida diaria en la escuela las autoridades no habrían dudado en intervenir. Por ejemplo, prescribiendo a una pareja de estudiantes a que dejara de besarse en el aula.

La exploración de este festejo basado en el baile como recurso y plataforma de despliegue de una subjetivación juvenil tramada en y desde la experiencia escolar indica nuevamente la centralidad de los cuerpos. A lo largo de nuestra historia nacional la escuela ha observado con perplejidad a las corporalidades juveniles, especialmente cuando éstas no se ajustan, o directamente confrontan a los anhelos de homogeneización con los que fue pensada (Pechin, 2013). Por contraste, creemos que prácticas ritualizadas como las indagadas en este artículo requieren, en cambio, pensar a los cuerpos desde otro lugar. Por un lado, como campos de inscripción, conflictivos e históricamente situados, de los saberes in-corporados en los procesos de socialización inter e intra generacionales en el espacio-tiempo escolar. Y, junto a ello, y principalmente, como territorios materiales y simbólicos de una expresividad afectiva, libidinal y estética que desplaza valoraciones y sentidos tradicionalmente restrictivos. Y que, en paralelo, instituye otros significados, donde los sujetos son actores claves en la disputa colectiva por la comunicabilidad de los cuerpos, la expresión de su dimensión deseante y el despliegue de sus posibilidades. En este sentido, los cuerpos de las y los jóvenes de este estudio son resultado y condición de una “socialidad agenciada” (Najmanovich, 2011) en la que está invariablemente en juego y tensión el carácter negociado de su significación y su politicidad contextual (Grossberg, 2012).

INSUMOS PARA NUEVAS PREGUNTAS

A diferencia de ciertos rituales tradicionales que ocurren en la escuela, que parecen repetirse como un remedo opaco de lo que alguna vez fueron, o como parte misma de la pesada inercia de la rutina escolar, los rituales de celebración explorados en este trabajo habilitan la pregunta por los sentidos que ponen en juego en el marco de la experiencia escolar que les sirve de base y condición de posibilidad. Instalan, también, una específica interrogación sobre la impronta corporal, emocional y erótica que moviliza y tensiona las formas “esperables” de habitar la escuela. Esto implica destacar una vez más la importancia de ponderar los procesos educativos juveniles en íntima relación con las prácticas de subjetivación que despliegan las y los estudiantes en su trayecto experiencial por las instituciones educativas. Todo lo cual podría estar imprimiendo novedosas inflexiones al estudio comprensivo de la escuela secundaria en clave contemporánea.

Como procuramos dejar señalado a partir de la descripción y el análisis de estas prácticas festivas, los rituales mencionados suponen una significativa carga emocional, afectiva e identitaria para los y las jóvenes. A su vez, a fuerza de su intensa existencia y comunicabilidad, reciben creciente atención por parte de las autoridades y docentes, por lo que están siendo incorporados oficialmente al calendario académico. No sin conflictos, claro está, debido a que las formas de su institucionalización aún comportan un alto grado de inestabilidad y variabilidad tanto entre diferentes escuelas como entre las distintas “promociones” de egresados/as en el interior de un mismo colegio.

Los rituales de festejo que hemos revisado en este trabajo constituyen materiales culturales que conmueven de manera situada las formas tradicionales y adultocéntricas de entender e imaginar el mundo de los/as jóvenes. Al mismo tiempo, ponen en cuestión las comprensiones clásicas sobre la función de la educación en el modelado de un horizonte de futurabilidad para sus alumnos y alumnas. Por todo ello, entendemos que concitan un interés especial para el campo de la educación, la comunicación y la pedagogía. No sólo porque la especificidad de sus formas emergentes en cada contexto impacta necesariamente en los modos en que pueden ser pensados con las herramientas teóricas y metodológicas hasta ahora disponibles. También, y más profundamente, porque conectan tanto con un nuevo *sensorium* que enlaza sensibilidades y experiencias, como con una “cultura estudiantil” en red. Ambas condiciones exigen relevar la trama de articulaciones y rearticulaciones que se establecen entre estos rituales, la institucionalidad escolar y otras prácticas de socialización, corporalización y subjetivación que operan como marco de significación, legibilidad y reconocimiento fundamental para los/as protagonistas de estos procesos. Así, aun en su excepcionalidad y relativa disrupción, el

estudio de estos festejos ilustra la necesidad de profundizar en una línea de indagación analítica de toda la experiencia escolar en el Nivel Medio que anude, en vez de separar, culturas escolares, estudiantiles y juveniles. En este sentido, el trabajo espera haber contribuido con algunos interrogantes y reflexiones a este campo problemático en plena construcción.-

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, P. **El sentido práctico**. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007 [1980].

BUTLER, J. **Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”**. Buenos Aires: Paidós, 2002.

DAYRELL, J. Juventud, socialización y escuela. **Archivos de Ciencias de la Educación**. La Plata, Año 4, N° 4, 2010.

DEBORD, G. **La sociedad del espectáculo**. Buenos Aires: La Marca, 1995.

DI LEO, P. F. **Subjetivación, violencias y climas sociales escolares**. Un análisis de sus vinculaciones con experiencias de promoción de la salud en escuelas medias públicas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2008.

DUBET, F. Los estudiantes, **Revista de investigación educativa**. Veracruz, Universidad Veracruzana, n°1, 2005.

DUBET, F.; MARTUCCELLI, D. **En la escuela. Sociología de la experiencia escolar**. Buenos Aires: Losada, 1998.

ELÍAS, N.; DUNNING, E. La búsqueda de la emoción en el ocio. En: ELÍAS, N.; DUNNING, E. **Deporte y ocio en el proceso de civilización**, FCE, Madrid, 1992.

ELIZALDE, S. Aprendiendo a ser mujeres y varones jóvenes: prácticas de investimento de género y sexualidad en la institucionalidad escolar. **Intersecciones en Comunicación**, N° 8, FSC-UNICEN, 2014, pp. 33-52.

ELIZALDE, S. **Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder**. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, 2015.

ELIZALDE, S.; FELITTI, K; QUEIROLO, G. **Género y sexualidades en las tramas del saber. Revisiones y propuestas.** Buenos Aires: Del Zorzal, 2009.

ESCOLANO, A. Tiempo y educación. La formación del cronosistema. Horario en la escuela elemental (1825-1931). **Revista de Educación.** Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, n° 301, 1993.

GIDDENS, A. **La Transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.** Madrid, Cátedra, 1998.

GOFFMAN, E. **La presentación de la persona en la vida cotidiana.** Buenos Aires, Amorrortu, 2001 [1956].

GOFFMAN, E. **Ritual de la interacción,** Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

GROSSBERG, L. **Estudios culturales en tiempo futuro.** Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

HALL, S.; JEFFERSON, T. **Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la Posguerra.** La Plata: Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, 2010 [1975].

HUERGO, J. De la escolarización a la comunicación en la educación. En: HUERGO, J.; Fernández, M. B. **Cultura escolar, cultura mediática / Intersecciones.** Colombia: Universidad Pedagógica Nacional, 2000.

LOPES LOURO, G. (comp.) **O Corpo educado. Pedagogias da sexualidade.** Belo Horizonte: Autentica, 1999.

MAFFESOLI, M. **El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas.** Barcelona: Icaria, 1990.

MARGULIS, M. comp. **La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires.** Buenos Aires: Espasa Calpe, 1994.

MARTÍN-BARBERO, J. Reubicando el campo de las audiencias en el descampado de la mutación cultural, en: JACKS, N. coord. **Análisis de recepción en América Latina: un recuento histórico con perspectivas al futuro.** Quito: Quipus-CIESPAL, pp.451-461. 2011.

MC LAREN, P. **La vida en las escuelas: una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación**. Buenos Aires: Siglo XXI. 2005 [1984].



MORGAGE, G. coord., **Toda educación es sexual**. Buenos Aires: La Crujía, 2011.

NAJMANOVICH, D. **El juego de los vínculos. Subjetividad y redes: figuras en mutación**. Buenos Aires: Biblos, 2011.

PECHIN, J. De la indicación de ‘perversiones’ por parte de la(s) norma(s) a la ‘perversión’ política de la (a)normalización: ¿sujetxs de deseo como sujetxs de derecho?, **Revista LES Online**, vol. 5, 2013.

RANCIÈRE, J. **Le partage du sensible. Esthetique et politique**. Paris: La fabrique. 2008.

ROCKWELL, E. De huellas, bardas y veredas. En: **La escuela cotidiana**, México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

ROMERO, G. **“Chicos, ahora vamos a hablar de sexualidad”**. Prácticas, discursos, regulaciones y tensiones en la implementación de la educación sexual en escuelas confesionales católicas de la ciudad de La Plata. Tesis de Maestría. IDAES/UNSAM. Buenos Aires, 2017.

SCHARAGRODSKY, P. El cuerpo en la escuela. En: **Explora. Las ciencias en el mundo contemporáneo**. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación. Tomado de: <http://repositorio.educacion.gov.ar:8080/dspace/handle/123456789/55109>. Última consulta 6 de agosto de 2018, 2007.

SIBILIA, P. **La intimidad como espectáculo**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.

TURNER, V. **El proceso ritual. Estructura y antiestructura**. Madrid: Taurus, 1988.

VAN GENNEP, A. **Los ritos de paso**. Madrid: Alianza, 2013.

WEISS, E. Los estudiantes como jóvenes. El proceso de subjetivación. **Perfiles educativos**, vol. XXXIV, num. 135, IISUE-UNAM, 2012.



Recebido em: 08/03/2019

Aceito em: 01/07/2019